

lado del General y acuchillo á los fugitivos que me encuentro, que no nos hacen frente y que se escapan despavoridos. Pronto es absoluta la dispersión entre los del Macabeo: arrojan á los vallados, á las zanjas, á las cunetas del camino los fusiles, los tahalíes, los quepis, los sables y las espadas. Los oficiales corren como los soldados; los que tienen caballos los aguijan quitándoles el freno y azotándoles; los de á pie huyen en carrera loca, desenfrenada é inconsciente, presa del contagio del miedo.

Paramos al fin y sabemos que hay miles de prisioneros; las bandas y las músicas tocan diana; los soldados aclaman, llorando, á González Ortega, el vencedor de Calpulalpam, el héroe de la Reforma, el salvador de la libertad. Todo es contento, alegría y satisfacción; los amigos se abrazan, los extraños se dan la mano; todos comentan, discuten y aplauden.

¡Pero qué fatiga tan inmensa! No puedo alzar el brazo ni menear el sable; siento hinchada la mano, llenos de polvo los ojos, congestionado el rostro, despedazada la espina dorsal.

Un dragón tiene rota la cabeza en dos partes y le corre la sangre á torrentes, otro lleva una gran cuchillada que le coge toda la espalda, un tercero perdió la oreja derecha y no sabe dónde hallarla, y un cuarto y un quinto y un décimo están hechos pedazos; pero satisfechos, risueños, seguros de que bastará cualquier remedio

de los que aplican las viejas para dejarlos *peor que nuevos*, pues las cicatrices más hacen gracia que afean ó deforman al guerrero.

Salimos á recorrer el campo, y ¡cuántos horrores vimos! Una fila de soldados con las cabezas cortadas por una sola granada; una vieja con el vientre hecho pedazos, cerca de un oficial, con las piernas rotas. A la cuenta, había querido la maldita robar al muerto, y la granada justiciera había acabado con ella.

Luego venían soldados, conservadores y liberales caídos uno al lado de otro; caballos muertos aplastando á sus amos; cadáveres á los que no se descubría lesión ninguna...

Porque es menester que se sepa que la guerra es cosa horrible; que no consiste en vestirse de mamarracho y oír arengas en que se loa á los que provocan las matanzas; y que el mayor mal que puede caer sobre un pueblo, es este del destrozo, la muerte, el incendio y la devastación. ¡Malditos sean los que la presentan como el fin de la carrera de los pueblos, y mil veces malditos los que atizan estas discordias entre hermanos, que apenas tienen disculpa cuando se trata de intereses tan altos como los que representaban los partidos cuyas luchas he historiado!

Apenas empezaba á levantarse el campo, cuando el general en jefe llamó á un chico, ayudante suyo, llamado

Jesús Lalanne. Estaba el señor Ortega de excelente humor, y dirigiéndose á Chucho le dijo:

— Quiero que el nombre de usted quede unido á esta jornada memorable. Vaya á Arroyo Zarco y telegráfíe al



interior todo lo acontecido, que usted ha presenciado en todos sus detalles...

Ya se alejaba el mensajero, cuando el General le gritó:

— Lalancito, monte en mi caballo pinto; ya sabe que, aunque feo, es animal excelente.

— Mi General, interrumpió el capitancillo, listo y despierto como pocos; mi *cuaco* es bueno y el de usted puede hacer falta aquí...

— Bueno será: pero el mío es excelente; sobre todo, quiero que marche de prisa para que se anticipe á los

desertores, que quizás propalen falsedades por el camino... Además, puede encontrar dispersos de Michoacán ó de los mochos y tendrá que rechazarlos ó que huir de ellos...

Me vió luego el señor Ortega, y me dijo jovialmente:

— Ya he visto que el señor La Llana sabe batir el cobre... Y luego dirán que los poetas para nada servimos... Servimos para lo que sirven todas las gentes, y además para hacer versos... ¿Qué le parecería marchar con la columna ligera que va tras de Miramón?... Pues alístese, hombre, que dentro de diez minutos salen esos valientes...

Cambié mi caballo por otro que estaba de refresco, trepé en él y me incorporé á los que seguían á los fugitivos. Todavía topamos con algunos que huían; pero no había quien diera razón del Macabeo: se había vuelto ojo de hormiga.

Dábamos vuelta á un recodo del camino, cuando divisamos una *culebra* de caballería que llegaba á todo correr. Nos reconocimos tras las formalidades que dispone el protocolo, y vi que mandaba el grupo un joven como de treinta años, alto de cuerpo, moreno de rostro, de ojos negros y penetrantes, de movimientos prontos y de palabra fácil.

— Soy, me dijo, el coronel Porfirio Díaz; pertenezco á la división de Oriente, que manda el general Ampudia, y

llegamos ayer á Tula forzando marchas y aumentando fatigas... Hoy por la mañana oímos cañoneo en dirección de Calpulalpam; varios oficiales nos acercamos al jefe, para suplicarle ordenara siguiéramos caminando hasta reunirnos con nuestros hermanos del interior, que de seguro se batían, y Ampudia respondió que no había tal, que los ruidos que oíamos eran camarazos que se disparaban en estos pueblos por las fiestas de las posadas... Insistimos, sin embargo, y empezábamos á enjaezar cuando vimos venir á todo correr una columna como de doscientos jinetes escogidos. ¡Malajo! Parece que allí venía Miramón y que pasó sin que lográramos cogerle... Hemos podido hacer más de dos mil prisioneros, y eso porque con la gente que usted ve, he registrado todos los caminos.

Llegamos á Tepeji del Río, y, si he de decir la verdad, me sentía casi difunto de fatiga. Ignoro á qué horas arribaría el grueso de las tropas, ignoro cómo se instalaría en las casas del pueblo é ignoro todo. Dormía como una marmota en la fermentada cama que honraba el cuartucho del mesón, cuando me despertó rumor de voces y rodar de coches, y me cegó el resplandor de antorchas que llevaban mozos de á caballo.

Detúvose la diligencia en la puerta del mesoncillo y de ella bajaron cuatro personajes. Uno era barbudo, de buena estatura y vestido de general: Berriozábal; otro de buen rostro, aspecto cortesano y ojos apacibles: Ayes-

tarán; el tercero viejo, paticojo, barrigón, antojudo, de cabeza erguida, espinazo inclinado y bastoncillo en la diestra: Pacheco, embajador de S. M. C.; el último, de barba cerrada, nariz de gancho, y frente en que apuntaba la calvicie. Saligny, ministro de Francia.



Los mexicanos iban como salvoconducto vivo para conseguir que pasaran los diplomáticos entre las hordas de cafres que formábamos las tropas liberales. Veía á Pacheco saltar desde lo alto de la diligencia apoyando el bastón en los baches de la única vía pública que forma el pueblo de Tepeji del Río, cuando la mano pesada y con ninguna capaz de confundirse de mi buen amigo don León, se posó en mi hombro *apolismado*:

— Tras usted andaba, pollo; ya sé que se ha portado como un hombre y que pronto se pondrá las charreteras

de coronel... Bien; conque tiene uno amigos héroes y no lo sabe hasta que ellos no pueden tener oculto su heroísmo por más tiempo... Pero á lo que te truje: desde que Ortega llegó preguntaba por usted y ya había mandado catear medio pueblo para hallarle... Preséntesele en seguida.

Me dí á buscar al jefe, que estaba ocupadísimo instalando á los diplomáticos y sus truchimanes; pero, luego que me vió, me dijo entregándome un pliego:

— Se marcha usted á México en este mismo instante... lleva esta intimación para Macabeo á fin de procurar que se rinda sin necesidad de sujetar á la capital á los rigores de un asedio, bien que cuenta Miramón con tan pocos recursos, que nada razonable podría intentar...

Oí el recado, pedí el permiso para salir y monté á caballo con las más tremendas agujetas que tuve en mi vida.



CAPÍTULO XVII

Finis coronat opus

EL veintitrés á buena hora llegué á la ciudad de los palacios, que me figuraba convertida en una fortaleza de la Edad Media, artillada desde los cimientos hasta los torreones y recibiendo con saludos de plomo líquido al osado que se atreviera á pasar muchas varas á la redonda de ella.

Cuando aguardaba que salieran á reconocerme patrullas y pelotones y que me introdujeran mediante el ceremonial que me había descrito el buen don León, ví que se curaban tanto de mi presencia los guardas de puertas, únicos que pudieron notar que llegaba mi interesante persona, como del arribo del Moro Muza.

Cuando empecé á tomar lenguas acerca del cariz que presentaban los públicos negocios, supe que Miramón